

Caricias, bofetadas y empujones

Lo que más llama la atención de *Vórtex* (un drama sobre una anciana a la que el alzheimer devora mientras su marido enfermo y su hijo drogadicto son incapaces de ayudarla ante la mirada inocente pero no inconsciente de su nieto) es que es la más apacible película de su director, Gaspar Noé. En una filmografía llena de provocación sexual, incesto y sangre, las casi dos horas y media que pasamos visitando a esta entrañable pareja de ancianos puede que sean las más maduras y contenidas filmadas por un director cuyo gusto por el mal gusto (desde violaciones hasta filicidios) es bien conocido. Sin embargo y a pesar de todo, puede que esta modesta cinta se las arregle para ser, en el fondo, su película más violenta.

Porque Noé siempre se ha pasado de tuerca, pero desde un cinismo lúdico que hace del pesimismo (por qué no) una broma, pesada, tal vez, pero siempre juguetona. Su dominio del relativismo moral le ha permitido erigirse como autor, obligar a los sesudos teóricos a encontrar razón de ser al extremismo de sus imágenes. Y, a diferencia de otros autores que se ríen para sí (el doblemente galardonado en Cannes Ruben Östlund), ha conseguido granjearse una base de fans (mayormente adolescente) que congenian con su estilo burdo e irreverente. Le ríen las gracias.

La risa no ha dejado de estar presente en *Vórtex* y es retorcida porque retrata sin aspavientos (¿es ésta una película de Gaspar Noé?) la deflagración de unos ancianos. No hay duda que la hay, profunda, sobre la representación en el cine, sobre la aparente dignidad

La broma asesina

La vida cotidiana es la que deja un poso mayor que el de cualquier capricho gore, y es la que Noé capta, para sorpresa de todos, con la gravedad contemplativa del día a día. No deja de ser irónico que la película la protagonice Dario Argento, cuyo gusto por la violencia explícita compartido con el franco-argentino, no encuentra espacio en *Vórtex*, carente por completo de armas blancas y sujetos maniatados. Noé, que sufrió una hemorragia cerebral que casi lo deja en el sitio, parece haber guardado toda la sangre en el interior de los tejidos como si estar tan cerca de la muerte le hubiese enseñado otro camino más higiénico por el que llegar a la desesperanza de un mundo cruel a nuestros ojos.

“Para hacer algo verdaderamente escandaloso habría que rodar un documental”, dice. Y en su forma más aséptica y apagada, Noé nunca ha estado tan cerca del documental como en *Vórtex*, donde no cede ni al hijoputismo (así lo llaman los distribuidores) ni al nihilismo misántropo (con más sofisticación lo nombran sus críticos) que envuelve sus anteriores trabajos, y ante el que sí claudican obras de otros autores (perezosamente tachados de) pesimistas como pueden ser Ulrich Seidl o Michael Haneke, con cuya película *Amor* la de Noé se comunica como si de una hermana melliza se tratase.

Hablando así parece como si Noé hubiese abandonado su estilo ‘edgy’, de irreverencia adolescente y desatado humor negro. Nada de eso. En todo caso, se ha vuelto más refinado, pero sigue siendo igual de incisivo: evoca mediante las palabras de Argento en